

TIERRA INDIA
HIJO DE LA FURIA

Susana Biset



VESTALES

© Editorial Vestales, 2016.

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales.

Biset, Susana
Tierra india: Hijo de la furia, 1.^a ed., San Martín: Vestales, 2016.
384 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-3863-56-1

1. Novelas Históricas. I. Título
CDD 863

ISBN 978-987-3863-56-1

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Este libro se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2016 en Gráfica LAF SRL, Montegudo 741, Villa Lynch, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

*Cada centímetro de odio reclama voraz
la misma cantidad de buenos sentimientos.*

PRÓLOGO

—¡NO, NO! —GRITABA LHEENA CON DESESPERACIÓN MIENTRAS se sacudía bajo las pieles que la cubrían como un gato aprisionado.

Unos minutos antes se abrazaba a su amado, suspiraba con pasión y se conmocionaba con sus sensuales caricias mientras buscaba prolongar el momento de amor. Deseaba disfrutarlo como lo hacía desde que se habían unido, con los sentidos muy despiertos, bien atenta. Sentía sus entrañas húmedas y acaloradas, y la sensualidad del instante la envolvía, la hacía palpar apurada. La piel mojada de William se pegaba a la suya mientras se le mecía sobre el vientre plano de mujer apetecible, y el aroma del sudor le entraba por las fosas nasales al tiempo que la inundaba de más placer. Escuchaba los rítmicos jadeos de su hombre que la nombraba despacio, la llamaba a seguirlo hasta la cima de la montaña más hermosa, la más anhelada por sus cuerpos exaltados.

—¡Amor mío, te extrañé tanto! —le decía ella.

Él entrecerró los ojos y suspiró, repleto de amor hacia su esposa. Susurros amorosos le brotaron de los labios al tiempo que la respiración se le aceleraba.

Entonces, de improviso, las caricias se diluyeron, el paisaje ardiente se esfumó y una sombra negra, helada y macabra le cayó encima, para abarcarlo todo y robarle aquello que más adoraba, que no era su marido precisamente.

—¡No! ¡Aléjese de mí! —La violencia de sus movimientos la hizo dar un respingo en el lecho. Entonces se sentó sobre él, todavía adormilada, aunque transpirada y con el llanto que le mojaba las mejillas—. ¿Qué sucedió? —preguntó en voz baja mientras miraba alrededor hacia la oscuridad de la tienda.

Sin nadie que le respondiera y un tanto perdida, llegó a la conclusión de que había tenido un mal sueño y, mientras aguardaba a despabilarse un poco, se quedó quieta para darle tiempo a su cabeza a que borrara la reiterativa pesadilla, que la diluyera igual que al polvo cuando le arrojaba agua.

Una vez más había soñado que su suegra, la duquesa de York, su alteza Margaret York, le quitaba a su hijo.

Por las dudas, para asegurarse de que todo se encontraba en orden y así poder volver a dormir más tranquila, estiró la mano y tocó el catre de su niño.

—Estoy bien, mami —le dijo él, bastante amodorrado y sin alterarse por los chillidos.

No era la primera vez que Lheena tenía revuelos nocturnos.

—No te inquietes, querido mío, tu madre tuvo sobresaltos.

—Hasta mañana, mamá —respondió Eduas, que un segundo después estaba de nuevo dormido.

Ella sonrió y, más calmada ya, volvió a recostarse. ¡Qué susto! Había sido solo un sueño, ¿o acaso una premonición?

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Primavera de 1844.

—¡ **M**ADRE, MADRE, LLEGÓ EL VENDEDOR! ¡TENDREMOS FIES-
ta hoy!

El niño comenzó a sacudir con frenesí a Lheena, quien entreabrió apenas los ojos.

—¿Ya es de día, jovencito inquieto?

—¡Es de día, mami! Y desde acá escucho gritar a los demás muchachos del aylo. Vamos —volvió a exclamar al notar que ella se echaba de nuevo sobre las pieles—. ¡Vamos, arriba, acompáñame! Mira que si no, le digo a la abuela que venga conmigo.

Lheena había tenido una mala noche, pésima, a decir verdad. Se había revuelto una y otra vez sobre el catre mientras giraba de lado a lado sin poder volver conciliar el sueño. Una vez más había tenido la misma terrible pesadilla, esa que la acosaba demasiado seguido, por eso se encontraba con mucha pesadez y evidentes dificultades para despertarse del todo.

—Ay, hijo, el cielo te puso en mis manos para poder... ¡torturarte mejor!

Saltó del lecho para correr al niño por la choza y reconoció que ese era un excelente método para sacarse la pesadez de encima. Sus alegres risotadas podían escucharse desde fuera y la abuela Ve-

nancia, quien vivía allí cerca, al notar que ya se habían levantado, fue a visitarlos.

Al llegar a la entrada de la tienda batió las palmas para anunciarse. Nadie se metía en una choza ajena si primero no se daba conocer y desde dentro le permitían entrar.

—Buen día, hija. Por los ruidos noté que ya se habían despertado. ¿Te enteraste?

—Hola, madre. Sí, dice este inquieto mocoso —respondió y le revolvió el cabello desteñido a su hijo— que el comerciante extranjero ha llegado. ¿Es correcto? ¿O lo único que quería era hacerme levantar para que le prepare algo de comer?

—Él tiene razón, muchacha. Mira, el día se encuentra esplendoroso. —Levantó el cuero que cubría la entrada a la choza para permitir que los rayos mañaneros penetraran libres y los encandilaran—. Hará calor dentro de un rato, ideal para ir a meterse en el arroyo. —Observó al chiquillo—. ¿No te parece? —Luego se dirigió a Lheena—. ¿Quieres acompañarnos para ver qué cosas extraordinarias ha traído el gitano en esta ocasión?

—Vamos, entonces. Pero espera a que me asee un poco.

Los refugios estaban socavados en la montaña. Eran muy grandes y cómodos, tanto como para permitir a uno o varios jinetes montados entrar en ellos, aunque resultaban algo oscuros. Dentro de las chozas de los comechingones, los artículos se diseminaban en desorden, había cacharros de variado tamaño con los cuales preparaban la comida y se alimentaban, calabazas vacías que les servían de envases de donde beber, pieles sobre las que se sentaban, cuchillos confeccionados con las más duras piedras de la zona, boleadoras y lanzas. También había lana de ovejas y guanacos que las mujeres hilaban y luego tejían en los telares para fabricar mantas, ponchos y frazadas. En un segundo recinto, algo más privado y alejado de los ruidos, y detrás de cueros que hacían de cortina, estaba el espacio para dormir. Allí había dos sencillos catres armados sobre trébedes, uno era para ella y el otro lo utilizaba Eduas.

La muchacha pasó al lado del fuego central, que en ese momento era apenas un montón de cenizas calientes, y continuó hasta

el rincón donde conservaba una tinaja con agua. Sacó un poco y se lavó el rostro, luego se mojó el cabello dentro de un medio zapallo vacío que hacía las veces de vasija para contener líquido. Después lo desenredó con espinas de algarrobo entrelazadas con tientos, que le servían de eficiente peinador siempre y cuando tuviera cuidado de no clavárselas en el cuero cabelludo.

Se alisó la camiseta larga que llevaba puesta y se ató una faja a la cintura, esa donde luego colgaría un cuchillo, artículo que la acompañaba a todas partes y la había salvado de muchos imprevistos. Por último, se calzó cómodas zapatillas confeccionadas con gamuza y cuero duro como plantilla. No le gustaba andar descalza; Lheena, a lo largo de su vida, había aprendido a ser una muchacha coqueta, y el cuidarse un poco le agradaba sobremanera, aunque su espíritu inquieto y salvaje demostrara lo contrario.

—Tú también deberías arreglarte un poco —le dijo a su hijo—, pareces un tatú recién salido de la cueva.

Eduas tenía doce años y era muy vivaracho, inteligente y avisado. El cacique de la tribu, Saquén, aseguraba que de grande sería el nuevo navira de ese aylo, algo que al joven lo llenaba de orgullo; y a su madre, de un poco de temor, ya que no quería que su hijo tuviera tan extremas responsabilidades. Si hubiese sido ella quien decidiera sobre el futuro de su niño, entonces lo habría dejado así como estaba, pequeño y travieso para que corriera libre y sin tareas por cumplir mientras recorría las sierras cordobesas a su entero antojo.

Ella lo miró y sonrió complacida. Eduas tenía la piel algo oscura y tostada por el intenso sol del verano, pero su cabello era increíblemente rubio, con rizos como matas de hierba seca —nido de loros, decía Venancia— y unos ojos celestes que parecían transparentes. Lheena, en cambio, era comechingona pura, aunque tenía la piel algo más clara que la de sus pares, el cabello negro con mechones desteñidos casi cobrizos y los ojos de un intenso verde noche.

Cualquiera que los hubiera mirado sin conocerlos habría dicho que Eduas no podía ser su hijo, y el misterio de tanta diferencia de aspecto se dilucidaba de inmediato si se conocía a su padre, cuya

identidad Lheena aún se esforzaba por mantenerle oculta al niño. Además, el dolor por el profundo amor que todavía sentía hacia él era tan determinante, que después de todos esos años seguía sin poder nombrarlo.

Sí, a pesar de haber transcurrido doce años, la comechingona muchas veces pensaba en su amado. Ese recuerdo continuaba presente, el capitán York le abarcaba cada centímetro del corazón, cada suspiro; la invadía hasta la misma esencia de su ser; tanto que, al rememorarlo, un ligero estremecimiento la sacudía entera y le provocaba una desazón indescriptible, porque sabía que nunca volvería a verlo, ya que por propia decisión lo había abandonado cuando comprendió que él jamás podría ser feliz a su lado. Más sabía que William, supo que el inmenso amor que sentían nunca sería suficiente para hacer desaparecer, o siquiera para disimular, las tremendas diferencias sociales que existían entre los dos. Su adorado capitán pertenecía a la más encumbrada aristocracia inglesa, y ella era una comechingona de las sierras cordobesas. No podía haber mayor distancia existencial entre amantes que esa.

Venancia, y todos en el aylo, conocían el triste pasado de la muchacha y por respeto callaban. A nadie le concernía aclarar intrigas, nadie se metía en cuestiones ajenas, menos si con ello podían llegar a lastimar a alguien. El niño conocería sus orígenes ilustres cuando su madre lo considerara adecuado, ni un instante antes.

—¡Apúrate, mamá! Ya deja de arreglarte, que el comerciante es bien feo y huele espantoso. No me gustaría tenerlo como padre. —Al pensarlo escupió con fuerza hacia un costado—. Y no permitiré que te roben de mi lado.

—Hijo, ¿qué tonterías piensas? Intento acomodarme las mechas largas, si no las tendré sobre el rostro y no podré apreciar los objetos que ese raro hombre ha traído. Si tanto apuro tienes, entonces ve tú delante, ya te sigo. —En ese momento, al recordar la reiterativa pesadilla de cada noche, una piedra ardiente le revolvió el estómago, por lo que añadió—: Siempre y cuando te acompañe tu abuela, nunca solo.

Venancia, al notar que su hija no se encontraba lista, ya había regresado a la choza.

—¡Entendido! —exclamó Eduas, algo amoscado ante tanto cuidado por parte de su madre. Él creía estar crecido lo suficiente como para no necesitar un vigilante a su lado.

De todos modos, el muchacho no se lo hizo decir dos veces y corrió como una liebre hacia la choza de su abuela, la arrastró de la mano y pocos minutos más tarde ambos se dirigían al encuentro del carromato ensordecedor, que se acercaba a paso lento hacia el asentamiento.

Al verlo, Eduas se detuvo.

—¡Esto es increíble, abuela!

Colmado por el asombro, lo primero que percibió fue a un pequeño animal que saltaba entre los caballos de tiro y los arneses, de modo grácil y contorsionista mientras chillaba como si alguien lo estrujara.

—Mira ese bicho, abuela —exclamó y se lo señaló.

La vieja mujer aguzó la vista y le dijo con una sonrisa:

—Es un mono, niño.

—¿Un mono? ¿Es como una persona diminuta?

Ella rio con ganas.

—Tienes razón, se parece a uno de los nuestros, aunque más simpático y activo ¿no lo crees?

Varios cascabeles tañían colgados de los bordes de la carcasa de metal del vehículo, y hasta una de las yeguas tenía alrededor del cogote un cencerro que se movía y sonaba como una lata cada vez que el animal daba un nuevo paso para avanzar hacia la tolдерía. Del arnés también le colgaban plumas vistosas, tal vez conseguidas en algún país lejano con aves exóticas. En la estrafalaria y pintarrajeada vagoneta iba una joven vestida con telas demasiado vistosas, collares y pulseras con campanas que tintineaban cada vez que azuzaba a los caballos de tiro, cintas de diferentes tonos sobre el cabello largo y un pañuelo con flecos que ondeaban al viento. Tenía los labios pintados de rojo furioso y los dientes apenas se le asomaban, algunos torcidos, otros ausentes. Manejaba las riendas

del ruidoso carromato con destreza mientras sus ojos eran un par de picos de caranchos que apuntaban directo a sus objetivos. Pícara y codiciosa, la gitana era capaz de lo que fuera con tal de hacerse de unas monedas.

Estaba muy concentrada y lo observaba todo, esperaba poder descubrir algún tesoro escondido en ese apestoso poblado indígena, aunque lo dudaba, ¿qué podía haber de valioso en un asentamiento comechingón?, se preguntaba, aparte de sus almas demasiado tranquilas que no servirían más que para ser encomenderos de alguna casa señorial o de la Iglesia, las armas corrientes que fabricaban ellos mismos con los elementos que encontraban en su ambiente, algunas pieles curtidas, las que ya se veían tensadas sobre algunos marcos junto a las chozas, secas y algo mosqueadas, y las variadas carnes de caza.

El comerciante caminaba junto a la vagoneta y hacía sonar un silbato, también de colores, para llamar la atención de los integrantes de la tribu mientras cantaba a viva voz cuantas novedades había llevado en esa ocasión. Cada tanto callaba y cambiaba de instrumento musical, se dedicaba a soplar una flauta para hacer música con ella y así atraer a los curiosos que todavía se hallaban algo indecisos.

El grupo que lo seguía pronto comenzó a volverse cada vez más numeroso y compacto.

—¡Vengan todos a mí! Ha llegado aquel que les solucionará los problemas. He traído extraordinarias piedras de otros mundos, plumas de aves raras, pieles calientes y brillantes, azúcar, adornos de plata, tabaco, ginebra, harina, yerba, papas y jarabes mágicos que curarán sus males corporales. Vengan, vengan que debo partir para continuar mi viaje, ¡todo, todo para ustedes a muy bajo costo! Cambio mis preciados tesoros por su mercadería. Aprovechen, ¡acérquense, acérquense, que la vida es corta y nunca se sabe cuándo será mi regreso a esta tierra!

Eduas permanecía boquiabierto y miraba extasiado los cucharones, faroles, cadenas y cuerdas que se mecían en el carromato,

se entrechocaban y producían aun más ruido. El conjunto provocaba una sinfonía en verdad infernal.

Los niños se atropellaban, corrían a la par del vehículo, gritaban con alegría y señalaban cada artículo desconocido que descubrían; a veces se atrevían a tocarlos y conseguían ser golpeados con la fusta de la gitana, quien no quería que manosearan o destruyeran la mercadería antes de comprarla.

—¡Fuera, chiquillos impertinentes! ¡A sus chozas! No toquen si no piensan llevárselo.

Todo lo cual convertía esa mañana en una muy distinta a cualquiera de las demás y revolvía la calma del ayllu con su jarana ruidosa mientras alteraba la apacible vida del valle.

Uno a uno los habitantes se acercaron, querían ver mejor lo que esa extravagante gente había llevado y anhelaban hacer permutas por aquello que les faltaba. Los hombres buscaban adornar sus yeguarizos y armas, las mujeres añoraban comprar plata y demás adornos para lucirse más hermosas, además de conseguir alimentos que no producían en sus cultivos o no existían entre los animales de caza, y los niños, por el simple placer de ver tantas cosas nuevas, esperaban ligar una golosina de las manos de esa rara y enojadiza mujer.

El grupo de mocosos de variada edad que rodeaba la vagoneta ya había comenzado a estirar las manos para pedir los sabrosos dulces. La gitana pareció adivinar sus pensamientos y, en un intento por conquistar a los padres para predisponerlos a realizar algún trueque con ellos, de una caja que tenía detrás suyo sacó un puñado de caramelos y se los arrojó. De inmediato, los chiquillos se tiraron de panza al suelo para tomar la mayor cantidad posible.

Al bajar la vista hacia ellos, advirtió a Eduas.

—¿Qué tenemos aquí? —inquirió entre dientes para sí misma—. ¿Un muchacho payo? —De inmediato olvidó la rabia que le brotaba al ver cómo los niños atropellaban el carro y los labios se le curvaron en una codiciosa sonrisa. Pensó que ahí estaba el tesoro oculto que no creía poder encontrar—. ¡Espíritus benditos, por fin he descubierto un diamante entre cientos de rocas opacas!

Dicho hallazgo era en verdad fabuloso, porque les podría significar mucho dinero para ella y su marido. Pero nadie podría haber adivinado que en ese instante la avariciosa mujer estaba a punto de marcar el futuro del niño, al trazarle una invisible línea y empujarlo a un increíble destino.